

**argüende**



## **El funeral de Doña Jesusa Ramírez Gama**

Jesusa Rodríguez

**A** petición popular relataré la experiencia de lo que fue el velorio y los rituales que siguieron a la muerte de mi adorada madre.

Todo comenzó la noche anterior a su muerte. A las dos de la mañana, Gabriela mi hermana me llamó muy alarmada, mi mamá estaba agitada y se la notaba exhausta (tras peregrinar por cuatro hospitales, había librado una difícil operación y ya instalada de regreso en casa, llevaba un largo mes luchando por la vida que tanto amó). Respondí al teléfono y en tres minutos ya estaba con Gabriela y Benjamín, mi sobrino, tratando de tranquilizar a mamá. A eso de las tres de la mañana se calmó, y Benjamín y Gabriela se fueron a dormir. Yo me quedé a acompañarla y fue una de las noches más inquietantes y profundas que he vivido. Mi madre hablaba al vacío con un personaje con el que no se llevaba nada bien —seguramente era la muerte, a la que nunca quiso—. Cada vez que yo iba a la cocina a calentar un cojincillo que ella adoraba sentir en el cuello, la escuchaba discutir con aquel invisible personaje, pero cuando yo volvía con el cojincillo, la discusión paraba y ella volvía a estar aquí conmigo, como si nada hubiera pasado.

La tomé de la mano durante varias horas y la escuché murmurar muchas veces la misma frase: "muchas flores, muchas flores, muchas flores". Miraba al techo de su habitación y parecía que veía nacer super novae en el centro de la Vía Láctea localizada exactamente al lado de la lámpara del techo. Continuamente repetía "¡maravillas, maravillas, maravillas!" En un momento le pregunté, "¿mamita, qué estás viendo?" ella volvió a decir: "¡maravillas!" y, como para que no me quedara ninguna duda, recalcó: "¡ma- ra- vi- llas!"

Así pasó la noche y al amanecer dormimos unos veinte minutos; entonces llegó el nuevo día y con él los avatares de la convalecencia. Todo parecía normal. Llegó Aurora, su enfermera, y Juanita, la mujer que la cuidó tantos años y de tantas maneras. A eso de las diez y media de la mañana, Gaby

decidió hacer limpieza a la habitación y yo aproveché para irme a desayunar, pero no habían pasado quince minutos cuando mi hermana me llamó alarmada: "Jesu, ven rápido, ven...". Yo salí corriendo otra vez, pero ahora mi mamá ya no respiraba. Mi primer impulso fue darle respiración boca a boca y sentí que me lanzó a los labios su último suspiro. Le toqué el pecho, su corazón se había parado, no había duda, mi mamá había muerto.

Todos quedamos pasmados —si es que hay una palabra para describir ese estado—. Entonces comenzó algo muy especial que habría de durar los siguientes nueve días; algo especial emanaba de su cuerpo, además de su propia belleza y quietud. Como si ella misma lo fuera ordenando, empezamos a embellecer todo a su alrededor. Primero que nada, a vestirla como a ella le gustaba: un suetercito blanco bien calentito (siempre fue muy friolenta) con un huipil blanco y negro bordado por las mujeres amugas de Guerrero y su rebozo dorado de seda de Santa María, que tanto quiso y tanto usó. Después arreglamos su cama, esa cabecera que ella misma talló en madera cuando era joven, junto con dos repisas y que milagrosamente conservó durante sus noventa y un años, a pesar de los cambios de casa y los avatares de toda una vida.

A ella siempre le gustó vivir rodeada de belleza, a los pocos minutos de su muerte, ya la envolvía un aura deslumbrante. Entonces empezaron a llegar las flores, ¡muchas, muchas flores! Poco a poco su habitación se iba llenando de aromas y de colores. No fue sino hasta la noche siguiente cuando nos dimos cuenta de que aquella habitación era algo más que un cuarto lleno de flores. La recámara se había convertido en el retrato de su alma, un alma sencilla, alegre, llena de humor, de amor y de belleza. Todo en aquel jardín de flores vibraba y ofrecía consuelo a nuestros adoloridos corazones. Una pequeña buda fue mi madre, una flama dulce, un surtidor de ingenio, una razón para existir.

Siempre fue aguda, generosa y divertida; y esa alegría la repartió a cuanta gente pasó cerca de ella, teporochos o potentados, todos merecieron su afecto. Ahora ese cariño le era devuelto en flores, tal vez las —¡muchas flores!— que ella anticipó la última noche de su vida.



Fuera de ahí, la casa era un hervidero de gente que entraba y salía, y todos quedaban azorados —si es que hay una palabra para describir esa sensación— al entrar a esa recámara y mirar lo que ahí había ocurrido. Aquello era de una belleza tal que sólo podía haber sido creado por ella misma. Quienes la vimos ahí, estoy segura, nunca lo olvidaremos. En el resto de la casa todo era música y movimiento. Hubo de todo: Ofelia Medina le recitó poesía de Rosario Castellanos, acompañada por Jimena Giménez Cacho en el cello. Zapateamos un fandango frente a ella, oímos canciones del flaco adorado, Agustín Lara, y por supuesto también las contracanciones compuestas por ella misma: *El bisoné*, *Las orejas*, *Las cejas*, *El pulmón* y *Las viudas del dominó*.

Tal como ella hubiera querido, ese velorio se convirtió en la celebración de una vida maravillosa, al grado de que Valeria, su nieta, oyó decir por celular a una jovencita: "¡Jálate al velorio, está buenísimo!"

Una de sus hijas postizas, Rebeca Soto (hija de otro papá y de otra mamá) nos recordó que mi madre inventó su epitafio y pidió que no dejáramos de ponérselo, así lo hicimos y a sus pies se leía:

"Se murió del coraje de morirse".

Y continuó el novenario anticatólico: mucho ruido y ningún rezo.

Siguieron los rituales. Pusimos su nombre con velas, quemamos copal, bebimos harto tequila y mezcal, hijos y nietos levantamos su sombra e hicimos fogatas, porque a ella siempre le gustó la lumbre. Vinieron sus hermanos José, Carlos, Luis, la tía Lita y sus amigos más íntimos como Lía, Amparín y Roberto, amigos desde la juventud, hasta la eternidad.

Al tercer día llevamos su cuerpo a incinerar y colocamos la urna de barro sobre la cama.

El sábado, Mercedes Gómez le vino a tocar en una arpa chiquita una melodía muy bella y muy cortita, y el domingo Horacio Franco le dio un concierto de flauta junto con un pájaro del jardín que le estuvo respondiendo. ¿Sería el mismo que dejó caer un aguacate del enorme fresno? Mi mamá siempre salía con alguna sorpresa, mi mamá, pensé, era como un fresno que daba aguacates. Entonces los hijos y los nietos empezamos a subir todas aquellas flores a la azotea y formamos un altar a cielo abierto; en minutos ese lugar se convirtió en un centro de armonía. Hasta el día de hoy, a dos meses de su muerte, sigue siendo un lugar único, el mejor lugar donde pasar las tardes festejando el privilegio de haber tenido una mamá como Doña Jesusa Ramírez Gama.

Mi mamá era inmortal. Lo que siento no lo puedo escribir y apenas puedo decir esas palabras que tantas veces dije mientras ella vivía: madre mía.



Madre, en alemán *mutter*, en inglés *mother*, en francés *mère*, en Italiano *madre*, en portugués *madre*, en neerlandés *morder*, en danés *moder*, siempre ese sonido que en este momento de mi vida se me atora entre los labios: madre.

Este es uno de los nombres primigenios, verdaderos y originarios para nombrar a esa persona que nos da la vida y que nos amamanta y que nos apapacha y que nos consiente y que nos divierte y luego nos deja ir, para vivir nuestra vida libres y felices.

O como se nos dé la gana. Así fue mi madre.



Tal vez un día recuperemos el nombre original de todas las cosas y entonces recuperaremos el sentido de la vida y de la vida en comunidad, el verdadero sentido de la democracia y el verdadero sentido de la felicidad y de la libertad.

Mientras tanto mi madre navega en el río Chignahuapan (el pasadero del agua) hacia la otra orilla de la muerte y todos los que la queremos desde

aquí la acompañamos, como si paseáramos en una trajinera de Xochimilco, cantando a José Alfredo sostenidos por un tequila, una margarita y otras flores acuáticas. La vamos a seguir cuando cruce Tepectlimonamictlan (el lugar donde se encuentran los cerros), como cuando nos pedía que no fuéramos al kinder y mejor la acompañáramos al mercado de Coyoacán. También iremos con ella, adorándola, cuando pase por Iztepetl (el cerro de obsidiana o cerro de navajas) y haremos de cuenta que fuimos al centro a comprar botones de cristal. Y en Izteecayan (el lugar del viento helado que corta como navajas de obsidiana) volverá a tejer un suéter del tamaño de un río, para que no nos dé frío. Y en Paniecatacoyan (ahí donde tremolan las banderas) ondeará su rebozo de Santa María y le pediremos que nos cante unas cien canciones de Agustín Lara. En Timiminatoyan (el lugar donde es muy flechada la gente) nos ofrecerá su anforita de tequila, como un conjuro para quitarnos el susto. Y en el séptimo inframundo Tecoyolcualloya (el sitio donde son comidos los corazones de las gentes) habrá un banquete de tunas cardonas, enchiladas potosinas y chiles de la ventilla, para recordar su tierra natal. En el octavo piso Izmictlan-Apochcalocan (lugar de los intersticios entre las piedras, camino de la niebla que enceguece) inventará otra de sus geniales ocurrencias y nuestras risas se escurrirán entre las rendijas. En ese páramo, le tomaremos la mano toda la noche y la oíremos susurrar: "¡Muchas flores! ¡muchas maravillas!" y ahí la dejaremos sola transitar hacia el Mictlán, el lugar sin orificios para el humo, donde volverá a ser inmortal, como siempre lo fue nuestra adorada madre.

¡Salud y revolución social!